

ENCUADERNACIONES

J. y V. LLORENS

CABALLEROS, 7

VALENCIA

Telf. 310600

FUNDADA EN
1898

H3D-02-13-15

Biblioteca



Carreres

LA
ILUSTRACIÓN VALENCIANA

7 DE ENERO DE 1883



D. Pascual Pérez y Gascón.

† en Valencia el día 27 de Junio de 1864.

LOS HIJOS DE VALENCIA

D. PASCUAL PÉREZ Y GASCÓN

I.

El poético suelo de nuestra querida Valencia ha sido en todas las épocas cuna del arte, patria de notables artistas. Bajo su azulado y límpido cielo han crecido y se han desarrollado multitud de genios al calor de la más grande inspiración, cuyos nombres ha publicado y esparcido la lengua de la fama para inscribirlos en la historia de los futuros tiempos.

Uno de estos predilectos seres, que honran la tierra que les vió nacer, es D. Pascual Pérez y Gascón, célebre compositor, músico profundo, organista y maestro de casi la pluralidad de esa pléyade de aventajados profesores, que cultivan hoy en Valencia el divino arte de los sonidos. Los hechos de la vida artística de Pérez son dignos del mayor elogio, y por lo tanto deben figurar en la galería de *Los Hijos de Valencia* para que sirvan de enseñanza y de estímulo á los presentes y á los venideros.

II.

D. Pascual Pérez Gascón, nació en el año de 1802. Desde su más tierna edad, en los primeros años de su infancia, quedó huérfano de padre y madre, siendo acogido por sus tíos, que se encargaron de su educación y bajo la protección de los cuales, siguió el estudio de la música.

Bien pronto conocieron las grandes dotes y facultades que para el estudio del penoso arte poseía, y entónces uno de ellos, D. Sebastián Pérez, afamado tenor de la Capilla Real, que á la sazón se había agregado á la Catedral de Valencia, á consecuencia de la invasión francesa, fué el que enseñó los primeros rudimentos musicales y dirigió con tanto acierto los primeros pasos de la instrucción artística, del que más tarde debía ser maestro de la escuela

moderna valenciana. Cuando pudo desempeñar el papel de primer tiple, entró de niño de coro (infantillo) en la Catedral, á los diez años de edad.

Allí recibió las primeras nociones de armonía de D. José Pons, maestro de su Capilla. El organista de la misma, D. Francisco Caño, acabó de instruirle en la composición y órgano, cuyos rápidos adelantos en esta materia se hicieron notar bien pronto, pues á los diez y ocho años fué nombrado, previo un riguroso examen, organista de la parroquial de Santo Tomás, y á los veinticinco, maestro de Capilla de la ciudad de Villena, plaza que renunció á pesar de las muchas simpatías que gozaba, pues sólo quiso obtener esa plaza, para añadir un título más á su brillante carrera. Poco tiempo después fué nombrado organista de nuestra Metropolitana, con general aplauso, cuyo cargo desempeñó hasta terminar sus días.

Cuando se trató en las iglesias de España de llevar á efecto lo dispuesto en el concordato, que previene que los organistas de las Catedrales sean clérigos, el ilustrísimo cabildo de dicha Catedral, haciéndose fiel intérprete de la opinión pública, elevó una exposición á Su Majestad, la que dió por resultado se confirmase á D. Pascual Pérez (á pesar de ser seglar) en dicha plaza de primer organista, aumentándosele la dotación que disfrutaba. Dedicado Pérez exclusivamente al magisterio y en especial á la enseñanza de la composición en todos sus ramos, llevaba tan difícil tarea, con tal práctica, con tal acierto y con tanto interés, que su escuela especial, pura y correcta, fruto de su larga realidad artística, resultado de los análisis comparativos hechos de los clásicos alemanes, conseguía que bien pronto se observaran rápidos progresos y excelentes resultados en todos sus alumnos.

Como organista, instrumento de su predilección, ideal fijo y constante, acariciado por una existencia de prolongados años, seguidos de un asiduo trabajo, de una abnegación sin límites y de un profundo y diario estudio, era verdaderamente admirable oírle improvisar, sobre infinitos temas, ya libres, ya fugados y poner en juego los diferentes registros por medio de múltiples combinaciones, siempre con la misma fuerza de estilo y precisión. Su nombre pronto tomó proporciones gigantescas, de tal suerte que su fama era europea, por cuyo

motivo varias veces fué invitado por compositores distinguidos á escribir su juicio sobre publicaciones de aquellos. Entre ellos podemos citar al célebre profesor del Conservatorio de París, Mr. Panzerón, quién ántes de dar á la luz pública su tratado de armonía y modulación, remitió un ejemplar al Sr. Pérez, rogándole lo analizara con detención y le expusiera las reformas que creyese debían introducirse para la segunda edición.

Orguloso debía estar el Sr. Pérez con la consulta del sabio maestro, pues no se puede dar mayor distinción al reconocido mérito que confirmarlo con hechos de esta índole. El distinguido é inmortal maestro Meyerbeer, habiendo visto una de sus composiciones, se apresuró también á escribirle, manifestándole que le tenía en su concepto como de los primeros armonistas y por un sabio en el arte, por lo que le enviaba su verídico testimonio de admiración. Pero no terminaron aquí las gloriosas muestras de distinción que el maestro Pérez recibía en el desenvolvimiento de su famosa carrera. Nuevas ovaciones, enviadas por otras tantas notabilidades de la época, le estaban reservadas para el porvenir.

Cuando el grande pianista List visitó á Valencia, soñado Paraíso de su vida, se hizo acompañar á la Catedral, deseoso de oír á quien ya gozaba de una fama europea. Allí estuvo por largo rato, escuchando embelesado las varias improvisaciones que su imaginación ardorosa, en el extravío del entusiasmo y en la fiebre de la inspiración, arrancaba al órgano, produciendo sus dedos torrentes de notas, que como gotas de rocío caían en el alma, de modo tal, que List, trasportado de delirio, de súbito subió á abrazarle.

Desde entonces pasó largas horas conferenciando con él sobre música.

La sociedad Artístico-musical de Socorros mútuos creada por aquella época en la provincia de Valencia, le nombró Presidente de la Junta auxiliar y la Económica de Amigos del País, socio de mérito de la misma. Varias corporaciones artísticas y literarias de Europa, le nombraron también miembro de su seno.

Pérez, á la par que excelente músico, era también un buen filósofo y crítico de vastísima instrucción.

La Memoria que sobre la enseñanza de la música presentó á la Sociedad Económica de Amigos del País y multitud de artículos que

publicó en algunos periódicos científicos, atestiguan la aseveración de estos asertos.

Las obras de Balmes, Descartes, Malebranche, Buffler y otros filósofos, le eran familiares.

Poseía extensos conocimientos de estética, y siempre encargaba á sus discípulos se acomodaran en sus composiciones á los preceptos de esta ciencia. El eminente maestro era una luminosa estrella en el horizonte del arte, y en su vida privada un verdadero modelo de virtud y de honradez. Amante de la soledad de su retiro; retraído del bullicio que producen las pasiones del mundo; con una inclinación decidida por la vida ascética; severo en sus costumbres; de trato afable y genio jovial; de sentimientos religiosos, deseaba vivir en una atmósfera en donde sólo se respirara la contemplación, el recogimiento y la meditación; quiso aceptar el silencio del claustro, á pesar de su juventud, único punto, según él, en donde encontraba la verdadera poesía.

Empero las luchas civiles habían estallado y las órdenes monásticas tocaban á su ocaso, esperando su disolución. Esta tortura le precisó á abandonar dicha idea, acariciada en su mente soñadora tanto tiempo. Entonces contrajo matrimonio, encontrando en la paz del hogar doméstico y en el puerto tranquilo de la familia, la felicidad que él consideraba perdida. Sin embargo de sujetarse á los preceptos de la más rígida higiene, la salud de Pérez iba quebrantándose visiblemente; su débil complexión cedía sin que los esfuerzos de la ciencia pudieran encontrar en su trabajada naturaleza, alivio de ninguna índole. Una circunstancia fatal vino á acelerar el término de su delicada existencia: la muerte de la única hija que tenía, á la edad de cinco años, cuando ya sus gracias infantiles formaban todas sus delicias, fué para él un golpe decisivo. Esta irreparable pérdida llenó de dolor acerbo su alma hasta el punto de agravarse en términos alarmantes la afección pulmonar que le aquejaba, hasta que un ataque apoplético puso fin á su existencia, el día 27 de Junio de 1864, á la edad de 62 años. Un detalle digno de mencionarse y que denota la modestia suma de D. Pascual Pérez, es el haber dispuesto en su testamento se celebrasen sus funerales sin ninguna pompa ni ostentación para significar su humildad, y que la misa á canto llano fuese ejecutada un tono más bajo del ordinario.

III.

El fallecimiento del esclarecido artista valenciano, fué una verdadera pérdida para el divino arte y para la escuela valenciana en especial. El maestro Pérez ha legado á la posteridad varias obras de gran mérito, entre las que figuran el magnífico Te-Deum, á cuatro, con orquesta y acompañamiento de órgano; el Invitatorio de Difuntos y el Villancico al Santísimo Sacramento, también á grande orquesta. El Himno á SS. MM. Fernando VII y Amalia (en 1827). Otro á San Vicente Ferrer en el centenar de 1855; las seis bellísimas Cantatas escritas para la distribución de premios en el Colegio de San Pablo de Valencia y para la Sociedad de Amigos del País de la misma, de cuyo instituto y sociedad fué profesor. En el género de Capilla merece especial mención su Lamentación á tres, id. á siete, id. á duo (de bajos); un Salmo, á seis; un Magnificat, á cuatro; varios Motetes y Villancicos; dos Misas; un Rosario, á cinco; Dolores, á cuatro; una innumerable colección de Gozos, Letrillas, Salves, Trisagios, Plegarias, Misterios, á tres y cuatro voces, con acompañamiento obligado de órgano. En el género didáctico publicó el año 1848, para los alumnos del Colegio de San Pablo, sus Principios de solfeo y canto; en 1857, el Método de solfeo y Principios de canto. Por último, su obra póstuma fué el Método de Armonía, que publicó la viuda el año 1866. En todas sus composiciones está fotografiado el genio del autor, y se descubren los vastos conocimientos que poseía en todos los ramos de la composición. Cualquier obra por sí sola bastaría para colocar al Sr. Pérez á la altura de los primeros compositores. En el género religioso es una especialidad, y sus obras pueden servir de modelo, admirando siempre, la naturalidad y elegancia con que trata las voces. Respecto á las obras de enseñanza se vislumbra una claridad y sencillez en todas sus reglas, que dan un buen resultado práctico en todos los discípulos.

En resumen; el gran maestro valenciano D. Pascual Pérez Gascón es una gloria del arte, y su nombre será imperecedero como sus obras.

ANTONIO SÁNCHEZ FERRÍS.

FRAGMENTO DEL «FAUSTO»

DE GOETHE (1)

A LAS PUERTAS DE LA CIUDAD
GENTES DE TODAS CONDICIONES SALEN Á PASEO

UNOS ARTESANOS.

¿Dónde, por ese camino?

OTROS.

A la choza del montero.

LOS PRIMEROS.

Nosotros por el sendero
vamos que lleva al molino.

OTRO CAMARADA.

Pues á mí me gusta más
el estanque.

UNO DE LOS PRIMEROS.

Yo no estoy
por esa vista.

LOS SEGUNDOS.

¿Y tú?

UN TERCERO.

Voy
á donde van los demás.

CUARTO ARTESANO.

Ven y llega á las alturas
de Burgdorf, si encontrar quieres
buena cerveza, mujeres
deliciosas, y aventuras.

QUINTO ARTESANO.

¿No te escuecen las espaldas?
Evitaré la ocasión.
Sube tú, si quieres: son
peligrosas esas faldas.

UNA MOZA DE SERVICIO.

No, no: doy la vuelta ya
á la ciudad.

(1) Tenemos la satisfacción de poder dar á conocer á nuestros lectores una escena de la magnífica traducción que acaba de hacer el Sr. Llorente del *Fausto*, obra que en breve va á publicar la excelente biblioteca de Barcelona, titulada *Letras y Artes*.

OTRA.

¡Tonta! ¿Ves
aquellos chopos? Allí es
donde esperando él está.

LA PRIMERA.

¿Y á mí, qué? ¡Que espere! ¿Digo.—
¡Pues me divierte el bromazo...!
A tí sola te da el brazo,
y baila, no más, contigo.

LA OTRA.

Hoy va con él aquel jaque,
el de melenas rizadas.

UN ESTUDIANTE.

¡Cómo corren las taimadas!
¡Al trote! ¡Paso de ataque!
Chico, en el mundo no hay nada
como estas tres cosas: buena
cerveza, una pipa llena,
y una moza endomingada.

UNA SEÑORITA DE LA CLASE MEDIA.

¡Es una vergüenza! ¡Están
locos...! Pudiendo, á fe mía,
tener buena compañía,
tras esas mozueltas van.

EL SEGUNDO ESTUDIANTE (*al primero*).

No corras, no te adelantes;
ahí detrás vienen dos bellas:
míralas. Y va con ellas
mi vecina: ¡qué elegantes!
Ven, ven: por ella estoy loco.
Aunque van pasito á paso,
verás como así, al acaso,
nos alcanzan, poco á poco.

EL PRIMER ESTUDIANTE.

Gozar á mis anchas quiero.
¿Ves? La caza se nos vuelá:
corre tú á la damisela;
yo las fámulas prefiero.
La muchacha que, hecha un pingo,
barre el sábado mejor,
es la que con más primor
te acariciará el domingo.

UN CIUDADANO.

El nuevo alcalde no en balde
me irrita: está cada día
más tieso Su Señoría,

más orondo, y más... alcalde!
¿Qué hace digno de lōar
por el común? En creciente
van juntos constantemente,
obedecer y pagar.

UN MENDIGO (*cantando*).

Bellas señoras, buen caballero,
de hermoso traje, de rostro en flor,
mirad piadosos al pordiosero,
compadecēos de su dolor.

Nunca á los buenos mi voz molesta,
y el que la atiende, dichoso es:
hoy para todos día es de fiesta
para mí sea de rica mies.

CIUDADANO SEGUNDO.

Placer no encuentro en la tierra
como en las tardes de holganza
comentar, llena la panza,
las noticias de la guerra.
Batan el cobre en Turquía
el Ruso y el Otomano;
sentado yo, copa en mano,
allá en la cervecería,
contemplo sin sinsabores
cruzar, entre ambas riberas,
embarcaciones ligeras
de diferentes colores;
y cuando en grato solaz
la tranquila tarde pasa,
vuelvo, bendiciendo, á casa
las delicias de la paz.

CIUDADANO TERCERO.

Soy de la misma opinión:
tengamos orden profundo
en casa, y húndase el mundo
en fatal conflagración.

UNA VIEJA.

(*Dirigiéndose á las señoritas que hablaron antes*).

¡Qué preciosas señoritas!
¡Qué elegancia y qué embeleso!
¡Cuántos perderán el seso
por doncellas tan bonitas!
Si tienen confianza en mí,
les daré lo que desean.

LA JOVEN.

Ven, Agueda: no nos vean
con tales brujas aquí.
Esa es la que me mostró

á mi futuro galán
la noche del buen San Juan.

LA SEGUNDA JOVEN.

También el mío vi yo.
Era militar, y dentro
de un cristal aparecía
gallardo. Desde aquel día
lo busco y nunca lo encuentro.

CANCIÓN DE LOS SOLDADOS.

Ciudadelas arrogantes,
castillos de alta muralla,
y muchachas rozagantes
asalto sin compasión.
Peligrosa es la batalla;
pero es dulce el galardón.
Con igual voz el combate,
que la zambra y el festín,
al pecho que altivo late
nuncia el bélico clarín.
¡Lid sangrienta y dulce juego!
¡Baile y risas! ¡Sangre y fuego!
La ciudadela y la hermosa
se rinden á discreción.
La batalla es peligrosa;
pero es grato el galardón.
¡Marche, marche el batallón!

(Continuará).

TEODORO LLORENTE.

ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

DE LOS

POETAS VALENCIANOS

DE LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII

por

JOSÉ M.^a PUIG TORRALVA Y FRANCISCO MARTÍ GRAJALES

Premiado en el Certamen celebrado el día 8 Diciembre 1882
por la Sociedad de Amigos del País

AL ERUDITO BIBLIÓFILO

D. JUAN DE LA CRUZ MARTÍ

Los siglos XVI, XVII y XVIII, son los más fatales para la escuela poética lemosino-valenciana. Por esta razón cuantas veces hemos intentado cojer la pluma para reseñarlos, siquiera fuera ligeramente, hemos retrocedido por falta de datos nuevos que pudieran ilus-

trarnos y dar alguna importancia á nuestro trabajo. ¡Se han ocupado tan superficialmente de los poetas lemosines las Bibliotecas Valencianas! ¡Son tan raros y tan difíciles de hallar algunos libros de certámenes y fiestas, donde escribieron nuestros ingenios!

Pero como todo lo que se refiere ó tiene relación con *nuestras cosas* tiene encanto indescriptible para nosotros, al fin hemos hecho un esfuerzo y nos hemos atrevido á escribir sobre la «Escuela poética lemosino-valenciana» de los siglos XVI, XVII y XVIII: trabajo que viene á llenar en cierto modo el vacío que media entre el magnífico estudio del erudito D. Rafael Ferrer y Bigné y el del entusiasta valencianista Sr. Llombart, en sus *Fills de la Mórta Viva*, sin pretender colocarnos á la altura literaria de éstos.

Incluimos entre los poetas valencianos, á los que, sin nacer en nuestra tierra, recibieron la educación literaria ó dieron sus frutos en ella.

En cuanto á los poetas que tienen escasa importancia en la literatura lemosino-valenciana, aún cuando en la castellana ó latina la tengan grandísima, hemos sido parcos, en sus datos biográficos: no así respecto á los que han sobresalido en ella, ó que presentamos como desconocidos ó poco conocidos, siquiera sólo hayan escrito alguna producción, pues creemos que alguna significación poética representan, dada la época de decadencia literaria en que la escribieron.

*
**

La lengua lemosina, importada por el rey conquistador D. Jaime I, en el siglo XIII, toma carácter y vida propia el XIV y obtiene el mayor grado de esplendor en el XV, pudiendo asegurarse que este es el siglo de oro de la literatura lemosino-valenciana.

Dichos tres siglos, XIII, XIV y XV, simbolizan respectivamente, según la feliz idea del Sr. Ferrer y Bigné, el lema, para nosotros augusto, de *Patria, Fides, Amor*: trilogía sublime que inspiró á Mossen Jordi del Rey, Roig de Corella, Ausias March y otros muchísimos incomparables poetas que fueron orgullo y regocijo de las musas.

(Continuará).

AL PÚBLICH (1)

De valenciana en lo traje
Net y pulcre com un òr,
Vulch rendirte un homenaje
Formulat en ton llenguaje,
Pera que te tòque el còr.

Sòls així em pòts escusar
Si mal m' aplegues á ouir
La teua llengua parlar;
Perque está en tú el perdonar
Com está en mi l' agrair.

Plena d' este sentiment
Les lliures de fines pròbes
Que sempre t' estich debent,
Volguera en este moment
Pagárteles per arròbes.

No més te baste saber,
Probant la gratitut meua,
Que de Sent Vicent Ferrer
Volguera paisana ser,
Perque així ho seria teua.

Si em veu ma mare un instant
Als ulls el mòcadoret,
Diu, que ya naixqui plorant;
¡No sería desijant
La sombra del Micalet?
¿No sería en lo recel
De no tindre per alfombra
La qu' em sembla cotó en pèl,
Y per trespòl eixe cèl
Que al mon, per lo blau, asombra?

Yo sé lo que m' impresiona,
Y ho dich en los ulls bañyats,
Yo sé la pena qu' em dona
No poderte dir, Patrona!
Mare d' els Desamparats!

Ay! en tant qu' entre nosatros
Medien tan fiels simpaties,
No ambicione mes teatros;
L' alluntarme de vosatros
Matará mes alegríes.

Mes fe en lo pit sense taja
Y en la memoria un tesòr,
Cuant atre conhòrt no hiaja,
M' enduré el de qu' allá ahon vaja
Tindre á Valencia en lo còr.

JOAQUÍN BALADER.

(1) Recitó las siguientes quintillas la simpática primera actriz D.^a Carmen Bernal, en el teatro de la calle de Ruzafa, el día de su beneficio.

Al gozar sus halagos, sus caricias,
De amor tiernas primicias,
Aquellos dulces sueños, lo infinito,
Lo eterno ser creí;
Mas del árido hastío en el quebranto
Fin no hallé al desencanto,
Y entonces ¡ay! entonces lo infinito,
Lo eterno comprendí.

Luis CEBRIÁN.

SÍ, NÓ, QUÉ SÉ YO

PROBLEMA DE MORAL

I.

Celebrando el día primero de año, el día de San Manuel, estaban de sobremesa tres amigos en casa de uno de ellos, que el citado nombre le pusieron en la pila bautismal.

Era en Madrid y en el año de gracia de 1876, cuando al anochecer estaban reunidos y terminando las libaciones de diferentes vinos y licores que siguen á los postres de un convite, un médico materialista, un abogado rico por su casa y un marino que había dado la vuelta al mundo; los tres jóvenes aún, pero que se acercaban ya á pisar la raya que separa la edad de las pasiones de la edad madura.

El abogado era el anfitrión; se llamaba Manuel, era soltero, y quiso celebrar el día de su santo, invitando á su mesa á sus dos íntimos amigos, Germán y Enrique.

No había reinado durante la comida la animación ni el júbilo que en semejantes días y en invitaciones hechas *ad hoc*, suelen enseñorearse de las imaginaciones excitadas por la plenitud grata del estómago y por el líquido predilecto del dios Baco, que coronado de pámpanos suele presidir regocijos como el que nos ocupa; al contrario, los dos amigos invitados notaron desde el principio hasta el fin de la comida, que el invitador estaba como ensimismado, y absorbido por una tenaz tristeza, que ellos á fuer de buenos compañeros de glorias y fatigas no se atrevieron á turbar, acaso sin darse cuenta ellos mismos de la monotonía de la conversación, de los prolongados silen-

cios que la entrecortaban, y de los nacientes chistes y malogrados epigramas que se empezaban á insinuar, y que morían sin haber brillado, como la risa forzada en la boca del hombre cuyo corazón está triste.

Al llegar al Champagne, como si de pronto hubiera brotado á la par la misma idea en el cerebro del médico que en la mente del marino, dirigiendo ambos la vista simultáneamente al abogado Manuel y casi á coro exclamaron uno y otro:

—¿Qué tienes?

—¿Qué te sucede?

—Se han apoderado de mí tal melancolía y tal fastidio, que Madrid me aburre, la sociedad me empalaga, el trabajo me es insoportable y el gozo para mí ya no es gozo.

—Permíteme que te pulse, contestó el médico, oprimiendo con sus dedos pulgar é índice la muñeca de Manuel.

Padeces de una enfermedad muy común en el género humano y que se llama amor.

—Esta enfermedad no te la declara mi pulso; si acaso la conoces es por los efectos que en mí debe producir.

—Sin ser discípulo de Esculapio sabía que sufrías de ese mal, contestó lacónicamente el marino.

—Y para curarme de él y no enloquecer, me despidió ahora de vosotros y mañana de Madrid y me voy al extranjero. ¿No te parece que la ausencia es un buen plan curativo?

—Sí, Manuel; la ausencia del calor es el frío; la noche es la ausencia de la luz, y el olvido es la ausencia del amor.

—Falta saber, para propinarle ese diagnóstico, si Manuel desea olvido ó correspondencia, objetó Enrique.

—Olvido, completo olvido; porque, amigos míos, he hecho un gran descubrimiento, que ha venido á echar por tierra todos mis cálculos de hombre de mundo, todas mis vanas pretensiones de filósofo, todas mis teorías de experimentado conocedor del corazón de la mujer.

—¡Diablo! ¡Diablo! exclamó el médico.

—Explicáte y conozcamos ese gran descubrimiento, añadió el marino.

—Pues bien, sabedlo de una vez; creía hasta hoy que la virtud en la mujer era convencional, que era uno de esos bellos ideales que deslumbran la imaginación de los adolescentes con toda la magia de lo desconocido; que era uno de esos aéreos velos que al tacto de la rea-

lidad se disipan en humo y desaparecen; creía en fin, que era uno de esos sueños que solo nos arrullan en la edad de la inocencia: pero desde hoy declaro ante vosotros, que he vivido equivocado; que falsas doctrinas y mujeres fáciles me habían anegado en los mares del error; que la virtud en el sexo femenino no es una vana palabra, sino una seductora realidad, un hecho inflexible y poderoso que ha derribado con su soplo el castillo de naipes de mis ideas excépticas, y que ha levantado hasta los cielos á un sér que yo veía arrastrarse por la tierra junto al borde del abismo.

—Ahora sí que conozco que estás verdaderamente enfermo, pero que padeces de otra enfermedad, de alucinación, le contestó Germán.

—No opino como tú; ese cerebro está sano y piensa con rectitud y con justicia: existe algunas veces la virtud en la mujer, afirmó resueltamente el marino Enrique.

—Extraño muchísimo que tú, que tantos países has visitado, que frecuentas la sociedad, que has tenido ocasión de analizar corazones femeninos, defiendas el absurdo que absorbe á Manuel, le replicó el médico Germán.

—Por esa razón he tenido motivos para ver el bien y el mal, el cielo y el abismo, el vicio y la virtud; por eso mismo he encontrado en mi camino á la impúdica cortesana, descubriendo el desnudo seno, y á la candorosa virgen, cuya faz coloreaba las rosadas tintas del rubor.—Lo que no puedo comprender es por qué amarga tan noble descubrimiento el corazón de Manuel, corazón en el que siempre se han abrigado los más nobles sentimientos.

—¿Sabes por qué, Enrique? Porque aunque él me da más alta idea de la mitad del género humano, aunque él hace que acaricie para el porvenir la idea, que siempre he menospreciado, la idea del matrimonio me ha hecho víctima de un amor imposible y he sacrificado mi paz y mi tranquilidad en aras de una diosa desconocida, en el altar de la virtud.

—¡Nada, alucinado! ¡febricitante! cuando te enfrie la ausencia pensarás de otro modo; márchate á París, y allí recobrarás la salud que tu espíritu hoy no tiene; necesitas París, mucho París, contestó el médico.

(Continuará).

JACINTO LABAILA.

mundo moderno, seres abstractos que no existen en la tierra, hijos del matrimonio de la imaginación y de la moral. La virtud en la mujer es cuestión de temperamento, dice Balzac, y dice muy bien. Bruto consagró toda su existencia al culto de ese mito, y espiró exclamando arrepentido: «Virtud, no eres más que un nombre.»

—No, no, Germán; esas cualidades abstractas de que te mofas se encarnan en el mundo; el deber tiene sus esclavos, la fidelidad tiene sus víctimas y la religión sus mártires, replicó Manuel con vehemencia.

—Dices bien, añadió Enrique, completando el anterior pensamiento de su amigo; si ha existido una Mesalina, cuya historia da náuseas, y una Margarita de Borgoña, afrenta de su sexo, ha vivido una Lucrecia, honra del pudor, y una doña María Coronel, que ennoblecen á la humanidad.

—Esas que parecen excepciones acaso no lo son en realidad. La mujer, que es siempre sierva de su naturaleza, tiene contra sí dos enemigos que la hacen sucumbir, el fastidio y la ocasión; y como si estos dos contrarios, que la empujan sin cesar no bastaran para hacerla rodar al precipicio, se coloca frecuentemente á sus bordes, con la cabeza floja de continuo por la atmósfera fuertemente perfumada de vanidad que la rodea y la desvanece, replicó Germán.

—La mujer virtuosa hace callar á su naturaleza si le grita; huye de la ocasión si se le presenta, el fastidio jamás domina á la que cumple todos los preceptos del deber y el fuerte aroma que exhala el aire de vanidad que la circunda, es para ella un aura acariciadora que en vez de desvanecerla la fortalece en su propia virtud.

—Sí, Germán, sí, añadió el marino corroborando las apreciaciones del abogado.

—Veis á la mujer por el prisma rosado de la ilusión, y os creáis un sér que no existe en el mundo de la realidad, repuso sonriendo el médico, siempre tenaz en sus ideas.

—Para que te convenzas de que no es así, de que veo el mundo como existe y de que aprecio las cosas en lo que son y en lo que valen, os voy á referir el suceso de mi vida que me sume en la tristeza que os ha llamado la atención, y que te convencerá á tí, Germán, de que la virtud existe en la mujer; porque, yo la he encontrado.

—¡Pretendes convencerme! exclamó el médico sonriendo.

—¡Y por qué no! exclamó Enrique.

—Si un hecho histórico sucedido á tu íntimo amigo, que sabes que nunca miente, no lleva á tu ánimo la idea de la virtud de la mujer, si en él no la ves radiante con todo su esplendor, ciego estás y es inútil enseñarte la luz, dijo seriamente Manuel.

—¿Y dónde has encontrado ese fenómeno? ¿En la alta sociedad? Preguntó irónicamente Germán.

—No creo que la virtud se vista de terciopelo y se adorne con brillantes y záfiro. Pobre y casi desnuda se presenta en el mundo casi siempre, objetó Enrique.

—La virtud para brillar no necesita mas que su propia luz; el peso de las alhajas la abruma, el ambiente de los goces la asfixia, añadió Manuel.

—En cambio de lo que decís, yo os replicaré; en la clase baja la virtud tiene un terrible enemigo, cuyos acerados dardos la desangran porque la hieren casi sin tregua; y este enemigo implacable, es la necesidad.

—La mujer pobre que tiene la conciencia de su deber, todo lo arrostra ántes que sucumbir; si la necesidad la mata, muere mártir, pero honrada, replicó Manuel.

—¿La crees capaz de ese sacrificio...? Preguntó dudando el discípulo de Hipócrates.

—Oye mi historia y conocerás un ejemplo de esa abnegación.

—¿Nos vas á referir un cuento de las mil y una noches?

—Hombre, nó; ya sabes que Manuel dice siempre la verdad, aunque sea contra sí.

—Os voy á contar un suceso común; os voy á presentar una prueba de la virtud de una mujer, que yo he idolatrado, que idolatro todavía, y que su deber separa de mí para siempre; la historia de una hija del pueblo, á la que no han podido doblegar ni mis riquezas, ni mi posición, ni mi amor.

—Cuéntanos ese fenomenal suceso, contestó Germán.

—Por lo que comprendo no es caso muy raro...

—¡Tú *quoque!* exclamó el médico admirado.

—Pues bien; oid.

JACINTO LABAILA.

(Continuará).